

Simbiosis. Marina Núñez

The pressure of technology, the outbreak of the pandemic, the heightening of social tensions, and the looming threat of environmental disaster remind us every day that as mortal bodies, we are neither invincible nor self-sufficient, but rather part of a symbiotic web of interdependencies that bind us to each other, to other species, and to the planet as a whole.¹

(*The Milk of Dreams*. Cecilia Alemani)

Rostros extraños que sobrepasan nuestras experiencias de lo conocido parecen interpelarnos. Su misteriosa piel y la carga de nuestros prejuicios pueden estremecernos, pero el trabajo reciente de Marina Núñez nos ofrece múltiples evidencias sobre los personajes tras esas miradas: sus formas familiares configuran una especie parecida, en su superficie, a la nuestra. Pero si nos acercamos, descubrimos que lo que *a priori* nos unía a ellos toma cierta distancia. Su piel *alienizada*, con una textura hiperornamentada, puede que tenga más que ver con los minerales, con ciertos vegetales o incluso con algunas formas de suelos terrestres, que con los seres humanos.

La ingravidez de otros cuerpos nos lleva a pensar en una presencia inmaterial que continúa extendiéndose y serpenteando toda la imagen desde sus tallos. Algunos de sus rasgos nos conducen a ver estos seres como femeninos: madres de estirpe pagana y científica que iniciarán su simbiosis como una corriente inescapable por todos y todo. ¿Puede que ellas —si es que el género es tal y como lo concebimos— sean nosotros?

Marina Núñez nos presenta en *Simbiosis* otra realidad, una presente o futura, pero que sin duda alguna puede ser la nuestra. Un ecosistema de seres porosos y empáticos con el entorno que habitan, del que no están aislados y al que no perciben como algo diferente. Seres híbridos que ansían mimetizarse y mezclarse con otras especies. Sus pieles son fluyentes, no se protegen de nada porque no hay resquicio alguno de hostilidad o miedo en sus cuerpos —ni en sus miradas, gestualidad o movimientos—. Solo un devenir que desdibuja las fronteras entre huéspedes y simbioses creando un complejo sujeto simbiótico en el que conviven distintas especies conformando un amplio ecosistema.

Pese a que no sea un escenario amenazante, algunos de estos seres sí conllevan cierto riesgo, propiedad que han adquirido al hibridarse con especies vegetales. Vemos droseras como pestañas, que lejos de devorar la carne que las rodea la someten a su propia lógica. Lo carnívoro actúa aquí simbólicamente al huir de la idea de belleza insustancial que ha recorrido lo femenino, supeditada al ocularcentrismo. En otras escenas más distópicas hay un esfuerzo visceral de brazos, manos y dedos por adentrarse en la piel de zinnias, ramas de abedul o de nuez. Imitando con su postura y el gesto de la mano la planta que tienen junto a ellas. Consiguen con gran intensidad que les crezcan hojas, flores y fruto, y en cierta forma, el deseo —la *envidia*— de lo humano por ser vegetal excede la intensidad y el dramatismo que sufren al hibridarse. Es el triunfo de la bacteria, del microorganismo y de la fiereza de lo natural de una mirada que es en sí un posicionamiento, una compulsión por ser y crecer en el contagio de la piel y del pensamiento.

El trabajo de la artista ha sintetizado desde sus inicios el interés por la ciencia ficción, lo monstruoso, la otredad y las identidades subalternas, desestabilizadas e impuras. Un sujeto en permanente transformación que muta, se multiplica, se adhiere al entorno y vive a partir de una identidad metamórfica. Desde 1998, Marina Núñez lleva utilizando la ciencia ficción como recurso narrativo para reflexionar con perspectivas fluidas, nuevas maneras de acercarnos a las imágenes y en sí, a la sociedad y a sus habitantes. La artista considera que este género, en sus relaciones con la biología, la matemática y otras ciencias, es un terreno muy fértil para repensar muchas realidades desde otros lugares y reimaginar otros presentes posibles.

Otro presente, por ejemplo, en el que frente a las ilusorias ideas de pureza homogénea o de competitividad como lucha evolutiva se ponga en valor la cooperación o la recombinación en un juego en el que todos ganen. Reflexiones que reconocen el papel que juegan los organismos en la construcción, no únicamente de sus propios entornos, sino también de los de aquellos otros organismos con los que cohabitan y que desdibujan de forma radical los límites mismos del sujeto. Un posicionamiento multiespecie que rompe con la idea de lo externo como amenaza y que sacude y reconfigura nuestras relaciones con la tierra y con todo lo que habita en ella.

(Yaiza González y Pedro Gallego de Lerma)

¹ *La presión de la tecnología, el estallido de la pandemia, el aumento de las tensiones sociales y la amenaza inminente de un desastre medioambiental nos recuerdan cada día que, como cuerpos mortales, no somos ni invencibles ni autosuficientes, sino que formamos parte de una red simbiótica de interdependencias que nos vincula entre nosotros, con otras especies y con el planeta en su conjunto.*